

En otro sitio, al pasar un río, encontró a una joven con su hijo que le ofreció un vaso lleno de agua, como Rebeca inclinó su cántara en el pozo de Nachor al servir de Abraham, diciendo: *Bibe quin et camelis tuis dabo potum*. Bebed, que en seguida dará también de beber á vuestros camellos.

Yo mismo he pasado por una tribu india, en la que había la costumbre de echarse á llorar al ver un extranjero, porque les despertaba el recuerdo de los amigos que habían partido hácia la *region de las Almas*, y que hacia ya mucho tiempo *estaban viajando*.

«Nuestros guías, dice Mr. Mackensie, vieron indios... y apresuraron el paso para alcanzarlos. Al acercarse á ellos uno de los extranjeros avanzó con el hacha en la mano. Era el único hombre que había en aquel grupo y estaba acompañado de dos mujeres y dos niños. Cuando llegamos cerca vimos que la mas anciana de las mujeres, que probablemente era la madre del hombre, estaba ocupada en arrancar las malas yerbas en un espacio circular de cinco piés de diámetro, y nuestra presencia interrumpió ese trabajo, prescrito por el respeto debido á los nuestros. Allí en aquel sitio, objeto de la tierna solicitud de la pobre anciana, estaban los restos de un esposo y de un hijo, y todas las veces que pasaba, se detenia á pagar ese piadoso tributo á su memoria.»

Todo es importante para el viajero de los desiertos. Las huellas de un hombre recientemente impresas en un lugar salvaje, le ofrecen mas interés que los vestigios de la antigüedad en los campos de la Grecia. Conducido por los indios de una horda inmediata, atravesó Mr. Mackensie el campamento de una gente hospitalaria, que junto á cada cabaña tenían un sepulcro. Desde allí, despues de haber atravesado unas montañas, llegó á las márgenes del río *Saumon*, que desagua en el Océano Pacífico. Un numeroso pueblo, mas aseado, mejor vestido y alojado que los demás salvajes, lo recibió cordialmente. Al llegar Mr. Mackensie, salió de entre la multitud un anciano y se adelantó á estrecharlo en sus brazos: obsequiaron al viajero con un gran festin y le suministraron víveres en abundancia. Un joven se quitó un hermoso manto de sus espaldas para ponerlo en las del viajero. Es casi una escena de Homero.

Mr. Mackensie pasó varios días en este pueblo. Examinó el cementerio, que consistia en un gran bosque de cedros donde quemaban los muertos, y el templo donde celebraban dos solemnidades anualmente, una en la primavera y otra en otoño. En tanto que recorría las filas de cabañas, le presentaron enfermos para que los curara: interesante sencillez de un pueblo en que el hombre conserva amor al hombre, y que en la superioridad de luces no ve mas que una sola ventaja, y es la de aliviar al que padece.

Finalmente, el jefe de aquella tribu dió al viajero su propio hijo para que lo acompañara y una canoa de cedro para conducirlo al mar. Ese jefe contó á Mr. Mackensie, que habiéndose embarcado hacia ya diez inviernos en la misma canoa con cuarenta indios, encontró en la costa dos buques llenos de hombres blancos; mandábalos el buen Toolec (el capitán Cook), cuyo recuerdo será por mucho tiempo caro á los pueblos que habitan los bordes del Océano Pacífico.

El sábado, 20 de julio de 1793, á las ocho de la mañana, Mr. Mackensie salió del río *Saumon* para entrar en el brazo de mar en que aquel desagua por varias embocaduras. Seria inútil seguir al viajero en la navegacion de esta bahía, donde encontró por todas partes huellas del capitán Vancouver. Observó la latitud, y la fijó en 52° 21' 36", y escribió con vermillion en una roca: *Alejandro Mackensie llegó aquí el 22 de julio de 1793, habiendo venido por tierra desde el Canadá*.

Los descubrimientos de este viajero ofrecen dos re-

sultados muy importantes, uno para el comercio, y otro para la geografia. Por lo tocante al primero, Mr. Mackensie se explica en estos términos:

«Abriendo esta comunicacion entre los dos Océanos, y formando establecimientos regulares en lo interior del país, y en las extremidades del camino, casi como á lo largo de las costas é islas vecinas, seria facil hacerse exclusivamente dueño de todo el comercio de pieles de la América Septentrional, desde los 48° de latitud hasta el polo, exceptuando la parte de la costa que pertenece á los rusos en el Océano Pacífico.»

«A esa ventaja puede añadirse la de la pesca en los mares, y la facilidad de exportar las pieles. Tal es el campo que queda abierto á una empresa mercantil. Los productos de esta empresa serian incalculables, si estuviera sostenida por una parte del crédito y de los capitales acumulados tan considerablemente en la Gran Bretaña.»

Así es como Inglaterra por los descubrimientos de sus viajeros, ve abrirse ante ella un nuevo manantial de tesoros, y un nuevo camino á sus factorías de la India y de la China.

Por lo tocante á los progresos de la geografia, que en último resultado se convierten igualmente en provecho del comercio, el viaje de Mr. Mackensie al Oeste, es bajo ese punto de vista menos importante que su viaje al Norte. El capitán Vancouver habia dado suficientes pruebas de no haber paso en la costa occidental de América desde Noatka-Sund, hasta el río de Cook. Gracias á los trabajos de Mr. Mackensie, es ya poca cosa lo que falta que explorar hácia el Norte.

El fondo de la bahía de Refus, se encuentra poco mas ó menos á los 68° de latitud Norte y 85° de longitud occidental del meridiano de Greenwich.

En 1771, Hearne, partiendo de la bahía de Hudson, vió el mar en la embocadura del río de las Minas de cobre, poco mas ó menos á los 69° de latitud y 100°, y algunos minutos de longitud.

Quiere, pues, decir, que entre el mar visto por Hearne, y el fondo de la bahía de Hudson, no hay mas que 3 ó 6 grados de longitud. En una latitud tan elevada, los grados de longitud son muy pequeños. Suponiendo que sean de 12 leguas, no faltarán mas que 72 leguas por descubrir entre los dos puntos indicados.

A los 5° de longitud, al Oeste de la embocadura del río de las Minas de cobre, Mr. Mackensie descubrió el mar á los 69° 7' Norte.

Insistiendo en nuestro primer cálculo, no habrá por consiguiente, mas que 60 leguas de costas desconocidas entre el mar de Hearne y el de Mr. Mackensie (1).

Prosiguiendo hácia el Occidente, encontramos por fin el estrecho de Behring. El capitán Cook pasó mas allá de ese estrecho, hasta el 69° 70' de latitud Norte, y el 275° de longitud occidental. Setenta y dos leguas, ó cuando mas 6 grados de longitud, separan el Océano Boreal de Cook del Océano Boreal de Mr. Mackensie.

Hé aquí, pues, una cadena de puntos desconocidos, en que se ha visto el mar alrededor del polo en la costa septentrional de América, desde el fondo del estrecho de Behring, hasta el de la bahía de Hudson. No se trata mas que de franquear por tierra los tres intervalos que dividen esos puntos (y que no pueden componer entre sí mas de doscientas cincuenta leguas de extension); para tener una certeza de que el continente de América está circuido de todas partes por

(1) Todos esos cálculos no son exactos, y los últimos descubrimientos del capitán Franklin, y del capitán Parry, han derramado gran claridad en la geografia de aquellas regiones polares.

el Océano y de que en su extremidad septentrional reina tal vez un mar accesible á los buques.

¿Se me permitirá hacer una reflexion? Mr. Mackensie hizo en provecho de Inglaterra descubrimientos que anteriormente yo habia acometido y propuesto al gobierno en obsequio de Francia. Por lo menos el proyecto del viaje que acaba de ser realizado por ese extranjero, no podrá ser considerado ya como una quimera. Así como otros solicitan la fortuna y el reposo, yo solicité el honor de dar con peligro de mi vida nombres franceses á unos mares desconocidos, de dar una colonia á mi país en el Océano Pacífico,

arrebatando los tesoros de un rico comercio á una potencia rival, impidiendo que pudiera abrirse nuevos caminos á la India.

Al dar cuenta de los trabajos de Mr. Mackensie, he podido, por consiguiente, mezclar mis observaciones con las suyas, puesto que ambos hemos tenido los mismos designios, y que en tanto que estaba llevando á cabo su primer viaje, estaba yo también recorriendo los desiertos de América; pero él halló proteccion en su empresa; dejaba en pos de sí amigos dichosos y una patria tranquila; á mí no me fue dada esa fortuna.

SOBRE LA LEGISLACION PRIMITIVA.

DEL VIZCONDE DE BONAL.

Noviembre, 1802.

«Pocos hombres nacen con una disposicion particular y determinada hácia un solo objeto que se llama talento; beneficio de la naturaleza, cuando circunstancias favorables concurren á desarrollarlo y á emplearlo; desgracia real, tormento del hombre cuando se halla contrariado por ellas.»

Ese pasaje está tomado del mismo libro que hoy ofrecemos al público. Nada hay mas interesante, ni al mismo tiempo mas triste, que las involuntarias quejas que de cuando en cuando se escapan al *verdadero talento*. El autor de la *Legislacion Primitiva*, como otros muchos célebres escritores, parece no haber recibido dones de la naturaleza mas que para sentir tristes consecuencias. Pudo asi como Epiteto, reducir la filosofia á estas dos máximas: *sufrir y abstenerse* ἀνεκον και ἀπαυον. En la oscura choza de un labrador alemán, en el fondo de un país extranjero, es dónde compuso su *Teoria del poder político y religioso*; en medio de todas las privaciones de la vida, y bajo el peso de una ley de proscripcion, publicó sus observaciones sobre el *divorcio*, tratado admirable, cuyas últimas páginas son especialmente un modelo de esa elocuencia de pensamientos, bien superior á la de palabras, y que, como dice Pascal, todo lo somete por *derecho de fuerza*; finalmente, ahora que está á punto de marchar de París, de abandonar las letras, y por decirlo asi, su propio talento, es cuando da al público su *Legislacion Primitiva*; Platon coronó sus obras con sus Leyes, y Licurgo se desterró de Lacédemonia despues de haber establecido las suyas. Desgraciadamente no hemos jurado como los expartanos guardar las *santas leyes* de nuestro nuevo legislador. Pero tengo confianza Mr. Bonald: cuando como en su persona se reúnen la autoridad de las buenas costumbres, y la autoridad del talento; cuando no se tiene ninguna de esas debilidades que suministran armas á la calumnia y consuelos á la medianía, los obstáculos tienen forzosamente que desaparecer tarde ó temprano, y al fin se llega á esa posicion en que el talento no es una *desgracia*, sino un *beneficio*.

Los juicios que se emiten acerca de nuestra literatura moderna, nos parecen algo exagerados. Unos toman nuestra jerga científica y nuestras frases ampulosas por progresos de la luz y del talento: en su opinion el idioma y la razon han dado un paso desde

Bossuet y Racine; ¡y que pasó! Los otros, por el contrario, nada encuentran que sea aceptable, y si se les hubiera de creer, tendríamos que confesar que no habia ni un solo buen escritor. Sin embargo, ¿no será en algun modo cierto que ha habido en Francia otras épocas inferiores á la nuestra por lo tocante á la literatura? ¿Somos jueces competentes para poder apreciar con exactitud los escritores que viven con nosotros? ¿Cuántos años hace que los grandes hombres del siglo de Luis XIV han sido puestos en su verdadero lugar? Racine y Bruyere apenas fueron conocidos mientras vivieron. Vemos á Rollin, á ese hombre lleno de gusto y de ciencia, contrabalancear el mérito de Flechiér y de Bossuet, y dar á comprender que en general se concedia la preferencia al primero. Todas las épocas han tenido la manía de lamentarse de la escasez de buenos escritores y buenos libros. ¿Qué no se ha escrito contra el *Télémaco*, contra los *Caracteres* de La Bruyere y contra las obras maestras de Racine? ¿Quién ignora el epigrama sobre *Atalia*? Por otra parte, léanse los periódicos del último siglo: aun mas, léase lo que el mismo La Bruyere y el mismo Voltaire dijeron acerca de la literatura de su tiempo: ¿podria creerse que hablaban de la época en que florecieron Fenelon, Bossuet, Pascal, Boileau, Racine, Moliere, La Fontaine, J. J. Rousseau, Buffon y Montesquieu?

La literatura francesa va á cambiar de aspecto: la revolucion hará nacer otros pensamientos y otros modos de ver las cosas y los hombres. Fácil es calcular que los escritores se dividirán. Unos harán esfuerzos por no salir de los antiguos caminos; otros se empeñarán en seguir á los antiguos modelos, pero presentándolos á pesar de eso bajo un nuevo punto de vista. Es probable que estos últimos triunfarán por último de sus adversarios, porque apoyándose en las grandes tradiciones y en los grandes hombres, tendrán guías mucho mas seguros y documentos mucho mas fecundos.

No será poco lo que Mr. de Bonald contribuirá á esa victoria; sus ideas empiezan ya á difundirse; encuéntrense fragmentos de ellas en la mayor parte de los periódicos y libros de la actualidad. Hay ciertos pensamientos y ciertos estilos que pueden ser considerados como contagiosos, y que tienen, permitásenos la expresion, todos los ánimos con su color. Esto puede considerarse como un mal y al mismo tiempo

como un bien. Es un mal para el escritor cuya frescura se gasta, y cuya originalidad llega á hacerse vulgar, y es un bien cuando por su medio se consigue la propagacion de útiles verdades.

La nueva obra de Mr. de Bonald está dividida en cuatro partes.

La primera, comprendida en el discurso preliminar, trata de las relaciones de los seres, y de los principios fundamentales de la legislación.

La segunda considera el estado antiguo del *ministerio público* en Francia.

La tercera se refiere á la *educacion pública*.

Y la cuarta examina el estado de la Europa cristiana y mahometana.

Dispéñesenos si en el extracto que vamos á dar de la *Legislacion primitiva*, nos permitimos discrepar de la opinion del autor en algunos puntos. Combatir con un hombre como Mr. de Bonald, es lo mismo que prepararle nuevos triunfos.

Para elevarse á los principios de la legislación, principia Mr. de Bonald por remontarse á los principios de los seres, á fin de encontrar la ley primitiva, ejemplar eterno de las leyes humanas que no son buenas ni malas sino en cuanto se aproximan ó alejan de esa



MACKENZIE INSCRIBIENDO LA ÉPOCA DE SU VIAJE.

ley, [que es una emanacion de la divina sabiduría. *Lex... rerum omnium principem expressa naturam, ad quam leges hominum diriguntur, quæ supplicio improbos afficiunt, et defendunt et tuentur bonos, segun dijo Ciceron. Traza Mr. de Bonald rápidamente la historia de la filosofía, que en su concepto signifi-*

caba antiguamente *amor de la sabiduría*, y ahora *investigacion de la verdad*. Asi es que los griegos hacian consistir la sabiduría en la *práctica* de las costumbres, y nosotros en la *teoría*. «Nuestra filosofía, dice el autor, es vana en sus pensamientos, y soberbia en sus discursos. De los estóicos ha tomado el

orgullo, y de los epicúreos el desenfreno. Tiene tambien sus escépticos, sus pirrónicos, y sus eclépticos; la única doctrina que en filosofía no ha abrazado, es la de las privaciones.»

Hace Mr. Bonald esta profunda observacion sobre la causa de nuestros errores.

«Puede en física prejugarse de errores particulares; pero en moral no debe prejugarse de las verdades generales. Por haber hecho lo contrario, por haber prejugado la verdad en materias de física, es por lo que el género humano ha seguido prestando por tanto tiempo asenso á los absurdos de la física antigua, así como por haber prejugado el error en

la moral general de las naciones, ha ocurrido que muchos han naufragado en nuestro tiempo.»

Pasa en seguida el autor á examinar el problema de las ideas *innatas*. Sin adoptar la opinion que las desecha, ni colocarse entre los que las adoptan, cree que Dios ha dado á los hombres *colectivamente*, pero no al hombre en *particular*, cierta cantidad de principios ó sentimientos innatos (como la revelacion del Ser Supremo, la inmortalidad del alma, las primeras nociones de la moral, etc.), absolutamente necesarios para el establecimiento del orden social. De aquí deduce que en rigor puede encontrarse un hombre aislado que absolutamente carezca de noticia de esos



PELICANO EN UN CEMENTERIO INDIO.

principios; pero que nunca se ha encontrado una sociedad que los haya totalmente ignorado. Si esas razones no son la verdad, por lo menos es preciso convenir en que quien llega á discurrir de ese modo no puede ser un hombre vulgar.

Pasa Mr. de Bonald al exámen de otro principio sobre el cual levanta toda su legislación, á saber: *Que la palabra ha sido enseñada al hombre, y que él no ha podido inventarla por sí mismo.*

Distingue tres clases de palabras, esto es, el gesto, la articulacion oral y la letra: esta opinion la funda en razones que al parecer son de muy gran peso.

1.º En que es necesario *pensar* la palabra antes que *hablar* el pensamiento.

2.º En que el sordo de nacimiento que *no oye* la palabra es mudo, prueba de que la palabra es una, aprendida y no inventada.

3.º En que si la palabra es de invencion humana, no hay verdad necesaria, etc.

Repite Mr. Bonald con frecuencia esa idea, de la cual, segun su opinion, depende toda la controversia de los teístas y ateos, de los cristianos y de los filósofos. Puede, en efecto, decirse que si se probara que la palabra fue revelada y no inventada, habria una

prueba física de la existencia de Dios, y que este no la habria dado al hombre sin darle al mismo tiempo reglas y leyes. Todo vendria á ser positivo en la sociedad, y á esto es á lo que en nuestro concepto aludia la opinion de Platon y del filósofo romano cuando dijo: *Legem neque hominum ingenii excogitatum, neque scitum aliquod esse populorum, sed aeternum quiddam, etc.*

Necesario le era á Mr. de Bonald, desenvolver su idea y esto es lo que hizo en una excelente disertacion que se encuentra en el segundo tomo de su obra, donde puede verse la siguiente composicion que bien podria creerse traducida del *Fedon* ó de la *República*.

Esta correspondencia natural y necesaria de los pensamientos y las palabras que las expresan, y esa necesidad de la palabra para presentar al espíritu sus propios pensamientos y los ajenos, pueden hacerse sensibles por medio de una comparacion... cuya extremada exactitud bastaria á probar por sí misma una perfecta analogía entre las leyes de nuestro ser inteligente y las de nuestro ser físico.

«Si me coloco en un lugar oscuro, carezco de la vision ocular, ó sea el conocimiento por medio de la vista de los seres que me rodean, y hasta de las par-

tes exteriores de mi propio cuerpo: en ese caso todos aquellos seres son para mí como si no existieran. Mas si de repente el sitio se ilumina, todos los objetos reciben un color relativo á la contestura particular de su superficie; cada cuerpo se presenta á mi vista, los veo todos y juzgo acerca de las relaciones de forma, extension y distancia que guardan entre sí y mi persona.

«Nuestro entendimiento es ese lugar oscuro en que no apercibimos ninguna idea, ni siquiera la de nuestra propia inteligencia, hasta que la palabra penetrando por el sentido del oído, de la vista, hace brillar la luz en medio de las tinieblas, y llama, por decirlo así, á cada idea que responde como las estrellas en Job. ¡Aquí estoy! Entonces únicamente es cuando nuestras ideas son expresadas; tenemos la conciencia ó el conocimiento de nuestros pensamientos y podemos comunicarnos á los demás; entonces únicamente es cuando nos ideamos á nosotros mismos y á los demás seres juntamente con las relaciones que tienen entre sí y con nosotros; y así como el ojo distingue cada cuerpo en su color, el espíritu distingue cada idea en su expresión.»

¿Es muy comun encontrar tan poderosos argumentos metafísicos expresados con tanta viveza? Cada idea que responde á la palabra como las estrellas en Job: Aquí estoy ¿no es un orden de pensamientos bien elevado; un carácter de estilo bien raro? Apelo á otras personas mas capaces que yo: *Quantum eloquentia valeat, pluribus credere potest.*

Sin embargo, nos atreveremos á proponer algunas dudas al autor sometiéndolo á sus luces nuestras observaciones. Admitimos, como él, el principio de la trasmisión ó de la enseñanza de la palabra. Mas ¿no podrá decirse que establece demasiado rigurosamente ese principio? Al presentarlo como única prueba positiva de la existencia de Dios y de las leyes fundamentales de la sociedad, ¿no pone en peligro las mas importantes verdades si le llegaran á rebatir su única prueba? La razon que deduce del ejemplo de los sordomudos en favor de la enseñanza de la palabra, tal vez no es bastante convincente, pues se le puede decir: tomáis un ejemplo en una excepcion y vais á buscar una prueba en una imperfeccion de la naturaleza. Supongamos un salvaje dotado de todos sus sentidos pero sin el uso de la palabra. Ese hombre acosado por el hambre, encuentra en los bosques un objeto á propósito para satisfacerla, y al verlo ó al llevarlo á la boca da un grito de alegría. ¿No será posible que habiendo oído ese grito, ese sonido, sea el que sea, lo retenga y repita en seguida tantas veces, cuantas verá el mismo objeto, ó será acosado de la misma necesidad? Ese grito será la primera palabra de su vocabulario, y así sucesivamente hasta llegar á la expresión de las ideas puramente intelectuales.

Cierto es que la idea no puede salir del entendimiento sin la palabra, pero tal vez podría admitirse que el hombre con el permiso de Dios, enciende por sí mismo esa antorcha del verbo, que ha de iluminar su alma; que el sentimiento ó la idea hace por de pronto nacer la expresión, y que esta á su vez entra en la inteligencia para comunicarle la luz. Si el autor dice que para llegar á formarse un idioma de esta manera, serian precisos millones de años, y que segun el mismo J. J. Rousseau ha dicho; *la palabra es necesaria para inventar la palabra*, no podremos menos de convenir en la dificultad, pero Mr. de Bonald no debe olvidarse que va á tratar con hombres que niegan todas las tradiciones y que disponen á su placer de la eternidad del mundo.

Además puede tambien hacerse otra objecion mas formal. Si la palabra es necesaria á la manifestación de la idea, y la palabra entra por los sentidos, el alma despojada en la otra vida de los órganos del cuerpo, ¿no tendrá conciencia de sus pensamientos! No habria

en el caso de admitirse esta suposición mas que un medio para salvar ese error y seria decir que entonces Dios la ilumina con su propio verbo y que el alma ve sus ideas en la divinidad: eso seria volver á caer en el sistema de Malebranche.

Las inteligencias profundas se complacerán en ver cómo desarrolla Mr. de Bonald el vasto cuadro del orden social y cómo sigue y define la administracion civil, política y religiosa. Demuestra evidentemente que la religion cristiana ha consumado la educación del hombre como el supremo legislador lo dijo al aspirar.

TODO SE HA CONSUMADO.

Mr. de Bonald da una singular elevación y una inmensa profundidad al cristianismo; sigue las relaciones místicas del Verbo y del Hijo y demuestra que el verdadero Dios no podía ser conocido mas que por la revelación ó Encarnación de su Verbo, así como el pensamiento del hombre no ha sido manifestado mas que por la palabra ó encarnación del pensamiento. Hobbes, en su *Ciudad cristiana* habia explicado el Verbo como autor de la legislación: *In Testamento Novo graece scripto Verbum Dei saepe ponitur, non pro eo quod locutus est Deus, sed pro eo quod de Deo et de regno ejus... In hoc autem sensu idem significant λογος Θεου.*

Mr. Bonald distingue esencialmente la constitución de la sociedad doméstica, ó el orden de familia, de la constitución política, relaciones que en estos últimos tiempos se han confundido demasiado. En el examen del antiguo ministerio público en Francia, demuestra profundos conocimientos históricos. Examina el principio de la soberanía del pueblo que Bossuet habia atacado en su *Quinta advertencia*, en contestación á Mr. Jurieu. «O todo es independiente, dice el obispo de Meaux, ó nada hay soberano.» Axioma incontrastable, modo de argumentar incisivo, como lo exigian los ministros protestantes que se preciaban particularmente de razon y de lógica. Habíanse estos quejado de que la elocuencia de Bossuet los abrumaba, y el orador se despojó inmediatamente de su elocuencia como aquellos guerreros cristianos que viendo en medio del combate que sus adversarios estaban desarmados, dejaban á un lado sus armas, á fin de que no se creyera que abusaban de la ventaja. Bossuet pasando en seguida á las pruebas históricas y demostrando que el supuesto pacto social nunca ha existido, hace ver, como él mismo lo dice, que en aquel pacto hay tanta ignorancia como palabras: que si el pueblo es soberano, tiene el derecho indisputable de variar todos los dias su constitución, etc. Ese grande hombre (que Mr. Bonald, digno de ser su admirador, cita con tanta frecuencia) establece tambien la excelencia del poder hereditario. «Es una ventaja para el pueblo, dice en aquella misma advertencia, que el gobierno se ejerza fácilmente, que se perpetúe por las mismas leyes que perpetúan el género humano, y que marche, si así puede decirse, al par con la naturaleza.»

Mr. de Bonald nos reproduce esa energía de buen sentido, y algunas veces esa misma sencilla grandeza de estilo. Profunda admiración causa la ignorancia ó mala fe en que ha caído nuestro siglo relativamente al de Luis XIV. Créese que sus escritores desconocieron los principios del orden social, y sin embargo, no hay cuestión política de que Bossuet no haya hablado, sea en su *Historia universal*, sea en su *Política sacada de la Escritura*, sea particularmente en sus controversias con los protestantes.

Por lo demás, si pueden hacerse á Mr. de Bonald algunas objeciones respecto de los dos primeros tomos de su obra, no puede decirse lo mismo tratándose del tercero. En él habla el autor de educación con una superioridad de conocimientos, con una fuerza de raciocinio y una precisión de miras, dignas de los ma-

yores elogios. En esas cuestiones particulares de moral y de política, es donde Mr. de Bonald sobresale verdaderamente. En todas ellas derrama una fecunda moderación, valiéndose de la hermosa frase de Daguesseau. No dudo que su *Tratado de educación*, atraerá las miradas de los hombres de Estado, así como su *Cuestion de divorcio* llamó la atención de los espíritus mas ilustrados de Francia. Volveremos á ocuparnos de ese tomo tercero que por sí solo merece un extracto.

El estilo de Mr. de Bonald podría algunas veces ser mas armonioso y menos descuidado. Su pensamiento es siempre brillante y selecto; mas no sé si su expresión no es alguna que otra vez débil y comun; ligeros defectos que el trabajo hará desaparecer. Podría tambien desearse mas orden en las materias y mas claridad en las ideas: los talentos enérgicos y elevados no condescienden lo suficiente con la debilidad de sus lectores: es un abuso natural del poder. Algunas veces las distinciones del autor parecen muy ingeniosas, demasiado sutiles. Así como Montesquieu, se complace el autor en apoyar una gran verdad en una pequeña razon. La definición de una palabra, la explicación de una etimología, son cosas demasiado curiosas y demasiado arbitrarias para que puedan presentarse como bases de un principio importante. Por lo demás hay que tener presente que por esas pocas palabras no hemos querido mas que sacrificar á la triste costumbre que exige que siempre vaya unida la critica al elogio. ¡Dios no quiera que tratemos de hacer sobresalir miserablemente alguna mancha en los escritos de un hombre tan superior como Mr. de Bonald! Como no somos una autoridad, nos adjudicamos el premio de admirar con el vulgo y nos aprovechamos ampliamente de ella por lo tocante al autor de la *Legislación primitiva*.

Dichosos los Estados que poseen todavía ciudadanos como Mr. de Bonald; hombres que la injusticia de la fortuna no puede desalentar, y que combaten por todo amor del bien aun cuando no tienen esperanza de la victoria.

No puede el autor de este artículo rehusarse una imágen que le suministra la posición en que se encuentra. En el mismo instante de escribir estas últimas palabras está descendiendo por un río de los mas caudalosos de Francia; en dos montañas opuestas se elevan dos torres arruinadas: en lo alto de esas torres hay unas pequeñas campanas que los aldeanos hacen sonar en tanto que descendemos por el río. Ese río, esas montañas, esos sonidos y esos monumentos góticos, distraen por un momento la vista de los espectadores, pero nadie se para con objeto de ir á donde la campana lo llama. Del mismo modo los que en la actualidad predicán moral y religion dan en vano la señal desde lo alto de sus ruinas á los que el torrente del siglo arrastra, el viajero se admira de la grandeza de aquellos restos, de la dulzura de los sonidos, y de la magestad de los recuerdos que evocan, pero no interrumpe su curso y á la primera vuelta del río todo queda entregado al olvido.

SOBRE LA LEGISLACION PRIMITIVA.

Diciembre 1802.

Puede observarse en la historia que la mayor parte de las revoluciones de los pueblos civilizados, han sido precedidas de las mismas opiniones y anunciadas por un mismo género de escritos: *¿Quid est quod fuit? ipsum quod futurum est.* Quintiliano y Eliano nos hablan de aquel Arquiloco que fue el primero que se atrevió á publicar la vergonzosa historia de su conciencia á la faz del mundo, y que floreció en Grecia antes de la reforma de Solon. Segun refiere Esquino, Dracon habia compuesto un tratado de educación, en

el cual, tomando al hombre en la cuna, lo iba conduciendo paso á paso hasta la tumba. Esto nos hace pensar en el elocuente sofista, de quien Mr. de La Harpe hace un admirable retrato.

La *Ciropeia* de Jenofonte, parte de la *Republica* de Platon y los primeros libros de sus *Leyes*, pueden tambien ser considerados como hermosos tratados mas ó menos á propósito para educar el corazón de la juventud. Séneca y particularmente el juicioso Quintiliano, colocados en un mismo teatro y mas próximos á nuestros tiempos, dejaron excelentes lecciones á los maestros y á los discípulos. Desgraciadamente de tan buenos escritos acerca de la educación no hemos tomado mas que la parte sistemática y precisamente la que refiriéndose á las costumbres de los antiguos, no tiene aplicación á las nuestras. Esa fatal imitación que raya en lo exagerado, ha sido causa de no pocas desgracias: conaturalizando entre nosotros las desolaciones y asesinatos de Esparta y Atenas sin elevarnos á la altura de esas famosas ciudades, nos ha hecho incurrir en la imitación de aquellos tiranos que para embellecer su patria, hacían transportar á ellas las ruinas y las tumbas del resto de la Grecia.

Si el furor de destrucción no hubiese sido el carácter dominante de este siglo, ¿qué necesidad teniamos de ir á buscar sistemas de educación en las ruinas de la antigüedad? ¿No teniamos las instituciones del Cristianismo? Esa religion tan calumniada (á la cual sin embargo debemos hasta el arte que nos alimenta) esa religion arrancó nuestros padres de las tinieblas de la barbarie. Los monges benedictinos fueron los primeros que conduciendo con una mano el arado que cultivaba los campos de la Galia, copiaban con la otra los poemas de Homero, y en tanto que los clérigos de la vida comun, se ocupaban en coleccionar antiguos manuscritos, los pobres hermanos de las Escuelas Pias, enseñaban gratis á los hijos del pueblo los primeros rudimentos de las letras, obedeciendo á ese precepto del libro donde todo se encuentra: *Nos des illi potestatem in juventute, et ne despicias cogitatus illius.*

No tardó en aparecer aquella célebre compañía que dió á Italia el Tasso, y Voltaire á Francia, y de la cual cada miembro fue, si así puede decirse, un literato distinguido. El jesuita siendo matemático en la China, legislador en el Paraguay, anticuario en Egipto y mártir en el Canadá, era en Europa maestro sabio y culto, templando con esta segunda cualidad el pedantismo que tal vez suele acompañar á la primera y que tanto disgusta á la juventud. Voltaire consultaba puntos de sus tragedias con los PP. Porée y Bruinoy. «Se ha leído el Julio César, decía con motivo de esta tragedia á Mr. de Cideville, delante de diez jesuitas y todos son de vuestra opinion.» La rivalidad que por algunos momentos se suscitó entre Port-Royal y la Compañía obligó á esta última á velar mas escrupulosamente en lo relativo á su moralidad y las Cartas provinciales acabaron de corregirla. Los jesuitas eran hombres tolerantes y benignos, que por consideración á la comun debilidad, procuraban hacer amable la religion: desgraciadamente se extraviaron algo en los primeros pasos que dieron en este caritativo propósito. Port-Royal era inflexible y severo como el rey profeta, y al parecer queria elevar el rigor de la penitencia á la altura de su talento. Si por una parte el poeta mas tierno se habia educado en la escuela de los Solitarios, por otra el predicador mas rígido habia salido del seno de la Compañía. Bossuet y Boileau, se inclinaban á los primeros; Fenelon y La Fontaine propendían á los segundos.

«Enmudece Anacreon ante los jesuitas.»

Port-Royal sublime en su nacimiento, cambió y se alteró repentinamente como esos emblemas antiguos